



CAPÍTULO 4 COMO SE FORMA UN DISCÍPULO – I

Resumen

El discípulo no nace, se hace. Y la formación de un discípulo no es misión imposible. Tampoco es un misterio. Es simple, si prestamos atención a las enseñanzas divinas. El Señor no solo nos confió la misión de hacer discípulos sino también nos enseñó la manera de hacerlo.

Las dificultades surgen cuando nos olvidamos de las instrucciones divinas y tratamos de crear nuestros métodos humanos y “revolucionarios” para bautizar a todo mundo, creyendo que “hacer discípulos” es aumentar el número de miembros.

“La comisión divina no necesita ningún cambio. No se puede mejorar el método de Cristo para presentar la verdad” (CPI 560).

¿QUÉ ENSEÑÓ EL MAESTRO?

Volvamos a los días de Jesús. Después de la crucifixión, los discípulos estaban escondidos, con miedo de cumplir la misión. Se preguntaban cómo podrían hacer discípulos en todas las naciones si los estaban persiguiendo. Entonces, Jesús se les presentó. Juan relata: “La noche de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada en un lugar, por miedo a los judíos. En eso llegó Jesús, se puso en medio y les dijo: La paz sea con ustedes. Y mientras les decía esto, les mostró sus manos y su costado. Y los discípulos se regocijaron al ver al Señor. Entonces Jesús les dijo una vez más: La paz sea con ustedes. Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes” (Juan 20:19-21).

COMO EL PADRE ME ENVIÓ

Esta última declaración encierra el secreto para formar nuevos discípulos: “Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes”. ¿Cómo envió el Padre a Jesucristo? Juan explica: “Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria (la gloria que corresponde al unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). La Palabra que se hizo carne es Jesús. A fin de que los seres humanos pudiéramos ver la gloria del Padre, fue necesario que la Palabra se hiciera carne.

Necesitamos pensar repetidas veces en la manera en que Jesús cumplió la misión. “Cristo mismo se revistió de la humanidad, para poder alcanzar a la humanidad”. ¿Por qué? **La palabra desprovista de humanidad queda solo en el mundo de las ideas.** Es necesario que las ideas maravillosas del evangelio dejen de ser simples palabras y se transformen en vida.

HABITÓ ENTRE LOS PECADORES

Jesús cumplió la misión viniendo a este mundo y habitando entre los seres humanos caídos. No predicó su evangelio desde el cielo. Vino a este mundo sin temor a contaminarse con el pecado. Descendió de las alturas inmaculadas, vivió en este mundo malo, pero no pecó. Y nos dijo que, así como el Padre lo había enviado, él nos envía. Nos envió al mundo, pero nos advirtió que su Reino no es de este mundo: “No améis el mundo ni las cosas que están en el mundo...”. (Juan 18:36), nos dijo. Y, sin embargo, nos



pidió que fuéramos al mundo e hiciéramos discípulos en todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos.

¿Cómo entender esta aparente contradicción? El propio Maestro la explica en su oración intercesora: “No ruego que los quites del mundo, sino que los protejas del mal” (Juan 17:15). Nuestra misión debe ser cumplida en este mundo, como la cumplió Jesús. Él se hizo carne y habitó entre los hombres. **No se aisló. No fue un ermitaño que vivió en las montañas.**

“La sociedad de los incrédulos no nos hará daño si nos asociamos con ellos con el propósito de conectarlos con Dios, y si somos lo suficientemente fuertes espiritualmente como para resistir su influencia” (CPI 567).

TOMA CONCIENCIA DE TU MISIÓN PERSONAL

Antes de salir al mundo a buscar nuevos discípulos, cada miembro de iglesia, cada creyente, debe transformarse en un discípulo formador de discípulos. **La misión que Cristo nos confió es personal.**

“Los hombres son, en mano de Dios, instrumentos de los que él se vale para realizar sus fines de gracia y misericordia. Cada cual tiene su papel que desempeñar; a cada cual le ha sido concedida cierta medida de luz, adecuada a las necesidades de su tiempo, y suficiente para permitirle cumplir la obra que Dios le asignó” (CS 391).

CONOCE AL SER HUMANO

Si la misión que Jesús nos confió debe realizarse entre los seres humanos, necesitamos conocer al hombre y a la mujer de nuestros días. ¿Cómo piensa? ¿Qué lo motiva a tomar decisiones? ¿Qué le preocupa? Si no podemos responder estas preguntas, ¿cómo nos aproximaremos de ellos?

“Tratar con las mentes humanas es la obra más delicada en la cual los seres humanos estuvieron alguna vez ocupados” (1MCP 191).

Para eso, es necesario conocer la cultura de las personas, pero eso no basta, es necesario también amar a las personas y sentir compasión por ellas.

AMA A LAS PERSONAS

“Dios es amor”, afirma Juan. El amor es la esencia de su propio ser. No existe amor sin Dios, ni Dios sin amor. Para nosotros, son dos conceptos separados. Para Juan, es uno solo. El amor es la motivación de todas las acciones divinas, desde la Creación hasta la Redención. “Hace ya mucho tiempo, el Señor se hizo presente y me dijo: Yo te amo con amor eterno. Por eso te he prolongado mi misericordia” (Jeremías 31:3). Si Dios es amor, ¿cuál es la iglesia de Dios en la Tierra? Evidentemente, está formada por sus discípulos. ¿Cómo sabrá el mundo quiénes son sus verdaderos discípulos? El propio Jesús responde: “En esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros” (Juan 13:35).

La iglesia de Dios es la iglesia del amor. El amor es su principal característica.

UNA MISIÓN DE AMOR

Existe un mundo que sufre fuera del círculo del amor. Gente que vive en un ambiente de violencia, injusticia, mentira, abuso y explotación. Las personas desean desesperadamente ser felices, pero se vuelven cada vez más infelices y desesperadas,



vagan sedientas del alma en procura de placer, engañándose a sí mismas y caminando dolorosamente hacia la muerte.

Pero Dios las ama. Él ha declarado: “¿Acaso me es placentero que el malvado muera? Más bien, quiero que se aparte de su maldad y que viva” (Ezequiel 18:23). ¿Qué hace Dios para rescatar a esas personas de la muerte y traerlas al círculo del amor? Envía a los agentes del amor, que son sus discípulos; aquellos que un día fueron encontrados por Jesús y transformados por el amor. Ellos deben entrar en el círculo del desamor, con el instrumento del amor, y rescatar a esas personas trayéndolas a la iglesia del amor. Esa es la misión. “Vayan al mundo del desamor y traigan a mis hijos a la iglesia del amor”. Si deseamos cumplir la misión de amor que Jesús nos confió, debemos seguir las instrucciones inspiradas:

“Oh, si pudiera impresionar a todos con la necesidad de trabajar con el espíritu de Jesús; porque se me ha mostrado que a algunas almas en Europa se las ha alejado de la verdad por falta de tacto y habilidad al presentársela” (ibíd., p. 784).

BUSCA CINCO PERSONAS

No es posible formar nuevos discípulos sin saber a quiénes deseas conducir a Jesús. Ningún trabajo hecho sin intencionalidad logra resultados. La mejor manera de llegar a ningún lugar es no saber a dónde vas. Por lo tanto, escoge entre tus vecinos, parientes, compañeros de trabajo o de estudio, a cinco personas que te propongas llevar a Jesús.

ORA, ORA Y ORA

La conversión es obra del Espíritu Santo. Por lo tanto, ora, ora y ora. No te canses de orar. Aunque te parezca que no estás progresando. El Espíritu de Dios está trabajando de manera invisible, y cuando menos lo esperes tendrás una sorpresa.

Aquí se encuentran algunas ideas prácticas para involucrarse personalmente:

1. Participa de la Escuela Sabática Viva.
2. Aprende a amar a las personas, ve donde ellas se reúnen.
3. Involúcrate en una actividad social de ADRA, del barrio o de alguna organización.
4. Ora por cinco personas.

NOTA: Para saber más sobre TMI, Escuela Sabática Viva, Intercesores, Proyecto Jabes, Expobiblia, Revitalización del Discipulado, escribe a: ministeriopersonal@adventista.es

